

## PRESENTACIÓN

---

La Academia Antioqueña de Historia está celebrando el primer centenario de la aparición en Medellín de los primeros números de su órgano oficial, el **Repertorio Histórico**. En enero de 1905, apareció el N° 1 del año 1°.

El N° 2 apareció el mes de febrero siguiente, y se inició con el título *Boceto del Dr. Manuel Uribe A.*, texto en que, al final del mismo, se anota: Medellín, 31 de octubre de 1904, Luis Eduardo Villegas.

La parte inicial de este artículo es la siguiente:

Si fuese indispensable docta pluma para escribir un esbozo del Dr. Manuel Uribe A., no acometeríamos la empresa. Si, por tratarse de simple bosquejo, bastan largas y estrechas relaciones con aquél, admiración por sus talentos, veneración por sus virtudes, culto a lo verdadero y propósito de no vaciar la efigie en el molde exageradísimo de algunos biografías, que más parecen romances, sino en la turquesa de las realidades humanas, á pedazos magníficas, y á pedazos toscas; si estas condiciones bastan, repetimos, entonces sí podemos poner, sin mucho temor, manos á la obra.

No se estime innecesario la advertencia; ya que en las producciones de este linaje suelen presentar los autores nó lo que hay, sino lo que desean que haya; nó la verdad, con sus inevitables torceduras y sombras, sino la fantasía, con su inextinguible venero de ficciones. Desaparece en tal caso el historiador, y se presenta el novelista; se va el pintor que copia, y queda el soñador que crea. Deslumbradoras, pero no aceptables, son semejan-

tes lucubraciones; porque, sobrándoles poesía, les falta lo que en ellas ha de buscarse, que es humanidad. Son como los paisajes que nos forjamos con las nubes de la tarde: muy lindos; pero existen tan solo en la imaginación. Cuando leemos alguna de esas biografías, recordamos involuntariamente los versos finales del celebrado soneto de Argensola:

"Porque ese cielo azul que todos vemos,  
No es cielo ni es azul. ¡Lástima grande  
Que no sea verdad tanta belleza"

Entre los hombres de auténtica valía que han figurado en Colombia, forma parte del más selecto grupo el Dr. Manuel Uribe A., á quien nosotros graduamos de "ilustre á carta cabal". Y como el calificativo de "ilustre", á fuerza de emplearse sin justicia, es sospechoso, añadiremos que el individuo á quien se refiere estas líneas era innegablemente ilustre, y nó ilustre de contrabando; como se dan tántos en la América Española. Existe un hecho que lo acredita, sin campo á duda, y es lo general y espontáneo de la pena que produjo la muerte del Dr. Uribe A., y las declaraciones unánimes de la opinión pública sobre los méritos del mismo, cuando no obraba móvil alguno que pudiese contribuir al engaño. En la senectud, ciego, enfermo, pobre, retirado por completo de la vida activa, sin nada qué dar ni siquiera qué ofrecer, y no existiendo acicate alguno que estimulara á la adulación y al embuste populares, recibió en vida, y le han sido confirmadas, con creces, en su cadáver y memoria, las mayores y más honrosas muestras de respeto y simpatía de que tengamos noticia en Colombia. Si ellas no correspondiesen á un grande y real mérito en el Dr. Uribe A., ¿qué criterio habría para juzgar de la importancia efectiva de una persona? Cuando los hombres son ó fueron poderosos, las alabanzas desmedidas, los agasajos atronadores y las ovaciones y los triunfos á la romana, pueden ser interesados, serviles y embusteros. ¿Quién no los ha visto, dirigidos á sujetos en todo y por todo comunes, á individuos sin una sola virtud ó siquiera un rasgo imponente de carácter, y aun á malvados dignos de perpetua execración? Cuando no existen motivos para considerarlos falaces, sí deben tenerse como sinceros los tributos de la admiración pública; y este es justamente el caso del Dr. Uribe A.

Acaso nos pregunte alguien, que emplee patrón especial para la gloria, cuántas reputaciones deshizo con su pluma, cuántas batallas libró en nuestras guerras intestinas, y cuántos gobiernos se vinieron á tierra bajo el arie-

te de la palabra del Dr. Uribe A. Si tál ocurriere, responderemos que el Dr. Uribe A. no obró nada de eso; pero que sí hizo algo mucho mejor, y fue trabajar siempre como obrero entusiasta é incansable del bien social. No deshizo reputaciones; pero sí curó llagas. No libró batallas de pólvora, balas y sangre; pero sí combatió errores y defendió verdades. No derribó gobiernos; pero sí levantó á la humanidad, dignificándola. Sus laureles están en las muchas lágrimas que enjugó. Ni la deslumbradora espada del guerrero, ni la llena antesala del gobernante, ni la aparatosa faena del político que priva, nada de lo que de ordinario seduce á la gente, ceñía, buscaba ni distinguía al Dr. Uribe A. El hogar apacible en que la esposa aviva adentro la llama de los afectos, y el mendigo aguarda, á la puerta, segura y abundante limosna; el trabajo diario, en sus más fecundas á la par que arduas manifestaciones; el cultivo amoroso de árboles y plantas; el frío gabinete de estudio; la cátedra en que se difunde con tesón la verdad; el artículo de costumbres, para divertir á los lectores; el libro didáctico, que ha de ponerse en manos de los escolares; la disquisición científica, donde se plantean y resuelven graves cuestiones; la sucia choza en que la miseria pide pan, medicinas y consuelos; los hospitales, donde levantan el estómago mil enfermedades asquerosas, y horrorizan los miembros amputados por la cuchilla del cirujano; tál es el terreno en que puede seguirse al Dr. Uribe A. Quien lo siga, habrá de confesar que había en él algo de D. Andrés Bello, bastante de D. Francisco José de Caldas, y mucho de San Vicente de Paúl. Y no es parte á que borremos estas apreciaciones, el pensamiento, más ingenioso que sólido, de que un hombre notable no se parece á nadie. En el conjunto, bien puede suceder que todo individuo que se salga de la esfera de lo común, constituya una personalidad especialísima; pero en las varias maneras de ser que forman ese conjunto, nó. Tales maneras de ser son otras tantas prendas, tendencias, costumbres, adaptaciones y facultades que se hallan en otros hombres, y que, por lo mismo, no son patrimonio exclusivo de ninguno, por más original que él sea. Si un hombre ama á la naturaleza, se parece en eso á Bello, el incomparable cantor de la zona tórrida; si es filósofo práctico, se parece en eso á Caldas que, sin haber escrito sobre silogismos, es, por su vida, uno de los que más amaron la sabiduría, y si es supremamente caritativo, se parece en eso á San Vicente de Paúl, sin rival en lo de hacer bien al prójimo; aunque en otras muchas cosas se diferencie aquel hombre de cada uno de los tres mentados personajes.

Nota: se conserva el texto original.